

A large, abstract graphic on the left side of the page, consisting of several overlapping, curved, red and white shapes that create a sense of movement and depth. The shapes are layered, with some appearing to be in front of others, creating a dynamic, flowing effect.

Miguel Cruz

# El secreto del buen vino

Cuento manchego

# El secreto del buen vino

Relato breve

de

Miguel Cruz

*A quienes saben apreciar en el buen vino la secreta y misteriosa labor de los duendes del lagar y de la doncella de la bodega.*

## PRÓLOGO

Cuando los expertos degustadores proceden a la cata de un buen vino, distinguen las misteriosas propiedades que encierra su esencia con una facilidad que asombra a los que somos profanos, pronunciando palabras conocidas pero que, en su boca, y mientras lo saborean, adquieren significado distinto, dando origen a todo un lenguaje que intenta traducir sensaciones, lo mismo que el pintor plasma un pensamiento en el lienzo, o el poeta pone en letras emociones que nacen del alma, convirtiendo la cata en una efímera obra de arte.

Pero pocos saben que las excelencias del buen vino se deben a la secreta labor de los duendes del lagar y a la misteriosa cata que hace la doncella de la bodega, dejando en el vino el sabor de sus dulces labios.

Miguel Cruz

## El secreto del buen Vino

Albert tuvo que ir a Córdoba a ver a don Emilio, un abogado que se ocupaba de un viejo asunto personal, todavía no satisfactoriamente resuelto. Después de verse en el despacho y ultimar detalles para facilitar la resolución definitiva del asunto, don Emilio invitó a Albert a pasar el resto del día en una finca que poseía en la provincia de Ciudad Real y de la que estaba muy orgulloso por la calidad del vino que le proporcionaban sus cuidados viñedos.

Muchos animales, durante los duros meses de invierno, siguen el imperioso dictado de la madre naturaleza y se aletargan, dando la apariencia de haberse esfumado la vida que en ellos había meses atrás. Las tierras de La Mancha, tras la llegada del invierno, se asemejan mucho a esos animales y parecen dormidas, inertes, sin capacidad de mostrar vida. Las vides son un ejemplo claro de esa muerte aparente, pues hincan sus raíces a gran profundidad para guardar en las entrañas de la tierra la savia, protegiéndola de los fríos y de los hielos, mientras el tallo se arruga y se encoge hasta tomar el aspecto de un leño sin vida. Se inicia así el letargo de la vid, que dura meses, hasta que, llegado marzo, cuando el aire se va saturando de los aromas de la primavera, las vides se desperezan, estiran los brazos y empiezan su lento peregrinar en busca del sol y del alimento de la tierra de los que durante tanto tiempo han estado privadas, y aparecen sus ramas y los nuevos pámpanos y se van haciendo grandes y hermosas. Y así, el milagro de la vida en los viñedos se renueva una vez más, tal y como viene sucediendo desde el inicio de los tiempos.

- Y si viene todos los días, señor Albert, podrá observar cómo las vides recuperan la vida. Al principio, apenas si se nota algún cambio, pero, cuando menos lo espere, aparecerá un brote casi inapreciable que, semanas más tarde, se convertirá en una hermosa hoja. Y, luego, otra y otra. Otro día verá un pequeño bulto verde y amarillo que, cuando crezca, tomará forma de una piña enana y, andando el tiempo, en un racimo de uvas.

Quien así hablaba al invitado de don Emilio era Antonio, un hombre que sabía mucho de vides y que era el encargado de cuidarlas en la finca del abogado. Las mimaba, les quitaba las malas hierbas, cercenaba sabiamente los sarmientos estériles y cortaba con destreza los racimos cuando las uvas habían madurado y se encontraban en su punto óptimo.

- Pero todavía no es tiempo para apreciar nada, señor Albert. Aún hay heladas y las vides, ahí donde las ve y que parecen tan fuertes, son muy débiles. Enferman con facilidad y hay que estar muy atentos y prestos para mantenerlas sanas.

Antonio recorría cada mañana grandes extensiones de terreno subido en un tractor para

comprobar, con su ojo agudo y experto, la salud de las vides de don Emilio. De un vistazo, sabía si aquella estaba fuerte o si la de más allá necesitaría cuidados especiales para resistir el duro invierno. Antonio se ocupaba de podarlas antes de que entraran en el letargo invernal.

Antonio era un hombre menudo, seco, con la cara y la frente surcadas por miles de arrugas que empezaban y terminaban arremolinándose en sus ojos. Su cuello lo cruzaban otras cuatro profundas arrugas que, al encogerlo, parecían los repliegues de un pantalón mal planchado. No muy alto, su estatura parecía alargarse por su extrema delgadez. Tez morena, ojos pequeños y vivarachos, siempre tocado con un sombrero negro y mugriento del que nunca se desprendía. Debía tener unos cuarenta años, pero aparentaba más.

- El sol y el aire del campo envejecen mucho, señor Albert.

Nunca nadie logró ver la cabeza de Antonio ni el color de su pelo, que debía ser cano y rizado, como el de las largas patillas que se le veían. Siempre llevaba cubierta la cabeza con su sudado sombrero, como si de un segundo cuero cabelludo se tratara. Ni en su casa se lo quitaba, ni siquiera para comer, y no iba a la iglesia a oír misa para no desprenderse de su tocado. Por el pueblo se decía que Antonio dormía con el sombrero puesto y que, incluso, sus dos hijos fueron concebidos con semejante prenda sobre su cabeza.

- Estoy seguro, señor Albert, de que si me lo quito, me visitará *la Parca*.

Las tierras de la finca que cuidaba Antonio estaban al borde de la carretera que lleva a Andalucía, próximas a la provincia de Jaén. El habla de Antonio era difusa, indefinida, sin un acento especial que denotara su procedencia, pero tenía un marcado deje que no ofrecía duda de que no era castellano.

- Soy de La Puebla del Arcángel, señor Albert, de aquí al lado – señalaba con su mano derecha hacia el sur - y en mi casa siempre he oído decir que cuando yo nací, mi padre se quitó su sombrero por primera vez en su vida y, también, por última. Dicen que cuando mi padre entró en la habitación donde mi madre me había tenido, me miró muy fijamente, se quitó el sombrero y dijo: "Este niño será grande". Y se murió en aquel mismo instante.

Isabel, la mujer de Antonio, estaba metidita en carnes y era de cara redonda, con grandes pechos y cintura ancha, pero siempre sonriente y sus ojos, negros como la tizne y vivos como una culebrilla, brillaban y chispeaban revoltosos. Era de mediana estatura y debía ser mucho más joven que Antonio, pero tenía esa edad indefinida de las mujeres jóvenes del campo curtidas por el sol y el aire. Isabel era muy simpática y no había nada en este mundo que le hiciera perder su alegría natural.

- Antonio no se quitó el sombrero ni cuando tuve a mi Ángel, señor Albert, ni tampoco cuando nació mi Rafa, y ni siquiera cuando me preñó de los dos, que yo

creía que los niños me iban a salir con gorro.

- ¡No, ni tampoco les dije nada cuando los vi por primera vez! – añadió Antonio con gravedad -. A mí, señor Albert, me daba lo mismo que fueran grandes o que no lo fueran, porque eso, según mi forma de entender, es cosa de ellos y no de que yo lo diga quitándome el sombrero.

Antonio e Isabel eran los guardeses de la finca de don Emilio. El abogado cordobés era hombre adinerado, pero siempre se estaba quejando, aunque exageraba, lo cual era muy propio del letrado.

- Antoñico: me parece que este año la cosecha no será tan buena como la del año pasado - observó con cierta preocupación el dueño de la finca.
- ¿Por qué lo dice usted, don Emilio?
- Hemos tenido demasiados fríos en invierno y ha llovido mucho cuando tenía que haber hecho sol. Por el contrario, las aguas de primavera han sido escasas.
- Usted siempre tan pesimista, don Emilio. ¡Que no, hombre, que no! Ya verá usted cómo todo se arregla y, en septiembre, cuando vengan los braceros a vendimiar, la cantidad de uva, y de la buena, que vamos a recoger. ¡Vamos a tener vino para hartarse y regalar!

Don Emilio guardó silencio y, aunque no tenía motivos para temer un mal año, le gustaba mostrarse convencido de que sería una mala cosecha y de nada servían los conocimientos y la experiencia de Antonio, pues la queja en don Emilio era como la concha a la almeja, siempre juntos. "Algún provecho sacará al ser tan quejica", pensaba Antonio.

Antonio tenía un perro al que llamaba *Rufo* y se pasaba el día dormitando en el zaguán de la casa, buscando el frescor de las losetas del suelo. *Rufo* era negro con un ojal blanco. Debía ser muy joven, apenas un cachorro adulto, pero había engordado demasiado, se había hecho comodón y ya casi no ladraba y, a los extraños, los ignoraba.

- Antoñico, este perro ya no vale para nada. Tienes que hacer algo.
- ¡Don Emilio, por favor! Probreteco mi perrillo. ¿Sabe usted que desde que pasó lo de la señora Tomasa, al pobre le entró un no sé qué que se quedó sin habla, bueno, sin ladrar, quiero decir?
- No sé a qué te refieres, Antoñico.
- Usted se acordará de la señora Tomasa, ¿no?

- ¿La coja?
- Sí, esa, la de la pata tiesa que le dicen. Esa vieja que siempre va vestida de negro hasta los tobillos y que se cubre la cabeza con un pañuelo atado a la nuca, también negro, pero con lunares blancos, y que tiene cara de berenjena en vinagre y que cuando los niños la ven pasar, primero huyen y, luego, la apedrean.
- Sí, ya sé quién es, Antoñico, y ¿qué pasó?
- Pues un día que estaba la Tomasa cogiendo uvas, *Rufo* la vio y salió disparado hacia ella, ladrando como un condenado. La Tomasa, al oír los ladridos, intentó correr, pero como no podía, se cayó. *Rufo* llegó hasta donde estaba ella, y yo, corriendo detrás de él gritando: "¡Quieto, *Rufo*, quieto, ven aquí!". Cuando vi a *Rufo* por los aires, creí que se iba a lanzar contra la Tomasa y que la iba a devorar, así que me di tanta prisa como pude en llegar cuanto antes hasta ellos.
- ¡Venga, Antoñico, sigue! ¿Qué pasó?
- Como le iba diciendo, yo corría como alma que lleva el diablo y con el cayado entre las manos para castigar a *Rufo*, y, al llegar hasta donde estaban, vi a la Tomasa tirada en el suelo y con una sola pierna y a *Rufo* tendido a su lado. Me quedé sin habla. "Se ha comido una pierna", pensé. Y cuando me disponía a auxiliar a la Tomasa, ella se agarró a mis brazos, se incorporó, me quitó el garrote para apoyarse y se puso a mirar por todas partes, como si buscara algo. Después, me dio un empujón tan tremendo que me tiró al suelo y me dijo: "¡Fuera de aquí, hijo de mala perra!". Caí al lado de *Rufo* y fue entonces cuando reparé que el perro sólo estaba aturdido.
- ¿Qué había pasado, Antoñico? ¡Me tienes sobre ascuas, demonio!
- Yo no sabía que la Tomasa tenía una pierna postiza y, al verse atacada por el perro, se la quitó para endiñarle con ella tal golpe a *Rufo* que lo despidió por los aires como si fuera una pelota. La Tomasa buscó la pierna que le faltaba, la encontró, se la puso, me arrojó mi cayado y se marchó tan campante con su racimo de uvas. Mientras, yo atendía al pobre perro, que, desde entonces, don Emilio, *Rufo* ya no es lo que era. Tiene el susto en el cuerpo.
- Bueno, bueno, Antoñico, déjate de mandangas y di conmigo que este perro ya no vale para guardar la finca.
- Pero, ¿qué hay qué guardar y de quién, don Emilio? ¿No se da cuenta que los principales ladrones de uvas son los pajarillos y que contra esos animalillos no hay perro qué valga? Y si algún caminante se para y coge un racimo, no es para echarle el perro, digo yo. Lo de la Tomasa no se ha vuelto a repetir.



- No digas más tonterías, Antoñico, y, mira, hoy tengo prisa y ya nos tenemos que marchar, pero otro día hablaremos del perro. Esto no puede continuar así porque, ¿para qué queremos un perro con el susto en el cuerpo?

Según Antonio, cada vez que don Emilio iba a la finca, siempre terminaban hablando de lo mismo, del perro y, mientras discutían, *Rufo* los oía y seguía comiendo y dormitando, pero sin emitir el más mínimo gemido, como si temiera ser amonestado.

- Mire, don Emilio: el pobre *Rufo* tiene el susto en el cuerpo desde aquel día y más vale que sea así porque si se le sale, estoy seguro de que me lo pega a mí. La Tomasa tenía el malaje y se lo traspasó con el golpe de su pierna postiza a *Rufo* y en el perro se debe quedar.

Isabel, después de ofrecer al dueño de la finca y a su invitado una jarra de vino de la propiedad, se metió en la cocina para preparar alguna cosa que lo acompañara. Era la costumbre. Ya habían dado buena cuenta del vino cuando apareció la mujer de Antonio portando entre sus manos una bandeja con otra jarra de vino y una cazuela humeante que desprendía un aroma de inequívoca exquisitez. Antes que probar aquella apetitosa vianda, don Emilio y Albert se la comieron con los ojos.

- Esto que has preparado, Isabel, está riquísimo. ¿Qué es?
- Estofado de carrillada de cerdo, don Emilio. Ya estaba hecha, sólo la he calentado, pero al fuego, como la hice, que a mí, esas modernuras de las microondas no me van. "Los guisos, para que salgan buenos, a fuego lento y con mucho cariño", decía mi madre.

Al rato, después de degustar el guiso de Isabel, don Emilio y Albert se marcharon a dar un paseo por la finca, solos, para hablar de sus asuntos. Pero como en el campo todo se oye y aún no se habían alejado demasiado de la casa, no pudieron evitar escuchar lo que Isabel le decía a su marido:

- ¿Qué te ha dicho hoy el bueno de don Emilio, Antonio?
- Nada, Isabel, que la tiene tomada con el pobre *Rufo* y como don Emilio se empeña en deshacerse de él, ya verás cómo nos traspasa el malaje.
- ¿Sabes qué te digo, Antonio? Pues que para otra vez que venga don Emilio, escondemos al perro y asunto resuelto: así, al no verlo, no preguntará por él.
- Pero, ¿cómo, si don Emilio preguntará por el perro en cuanto no lo vea?
- Antonio, pareces tonto: déjalo de mi cuenta.

Como buena campesina, Isabel era una mujer imaginativa y de muchos recursos, pero,

al igual que su marido, ella también creía que el malaje del perro pasaría a Antonio en cuanto *Rufo* se diera cuenta de que don Emilio quería deshacerse de él. Tendría que pensar en algo que hiciera desistir a don Emilio de su empeño.

Antonio, desde la distancia, no dejaba de observar a don Emilio, por si lo necesitaba, y, en efecto, al poco, vio cómo le hacía una seña para que se acercara. Antonio corrió y pronto acompañaba al dueño de la finca y a su invitado.

- Esto ya no es lo que era, Albert, ¿verdad, Antoñico?
- Bien dice usted, don Emilio, que antes, todo lo que alcanzaba la vista eran vides y ahora, con lo de Europa, se han arrancado muchas y, en su lugar, se han plantado girasoles, maíz, lino y otras hierbas.
- Sí, por lo de las subvenciones, Albert. ¡Una barbaridad, plantar en secano lo que es de regadío!
- Y lo peor no es eso, sino que, también, han arrancado olivos, como usted bien sabe, don Emilio.

Antonio hizo una pausa, carraspeó y, mirando al cielo, añadió:

- ¡Con lo que tarda un olivo en crecer y en dar fruto y lo poquito que pide a cambio! Fíjese, señor Albert, en el olivo todo es riqueza y bondad: da fruto, del que se obtiene un aceite que es oro líquido, da leña para el fuego, da cobijo cuando llueve, en sus ramas anidan los pájaros que eliminan insectos, y, cuando nos abrazamos a él, nos da energía. El olivo es un árbol generoso, pero está muy mal tratado.
- Recuerdo que cuando yo era pequeño, Albert, todo lo que ahora se alcanza con la vista eran olivos, ¿verdad Antoñico?
- Bien dice usted, don Emilio.
- Pero ahora todo es diferente, Albert.
- Los tiempos cambian, pero las personas, no, don Emilio.
- Antoñico, Isabel y sus dos hijos forman una familia feliz, Albert. Él cuida de la finca, la mujer cuida de él y de los niños, que van al colegio por la mañana y el resto del día se lo pasan jugando al aire libre. Antoñico sólo tiene que preocuparse del sol, de la lluvia, de los pájaros y de algún que otro ladronzuelo ocasional de uvas. Sí, Albert, son felices, los envidio.
- ¡Qué cosas dice usted, don Emilio! ¿Envidia de mí y de mi familia? Pero si es

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

